

# SAINETE NUEVO

TITULADO

## LOS TRES HUÉSPEDES BURLADOS.



### PERSONAS.

El amo.

Una criada.

Una gallega.

Un francés.

Un majo.

Un beato.

*El teatro figurará salon con tres puertas; tendrá su mesa y taburete.*

*Sale el amo.* Si hoy no me ahoreo no soy hombre de gusto ni tengo vergüenza. Los que me han visto en las fondas y en el juego derrochando onzas á pote, con un Don como el convento de San Francisco, tratando con marqueses y toreros, y me ven ahora en la entrada de un zaguan, siendo portero de un basurero asqueroso, con mis anteojos puestos, armado de un tirapié, remendar zapatos viejos, ¿qué dirán? Dirán sin duda que mi don era supuesto,

y que yo era un gran bribon vestido de caballero. Por vida de los demonios!... Si viniera de Pozuelo la criada... pero qué! si me ha informado el barbero, que era su indisposicion de seis meses por lo menos. ¡No será un dolor terrible, que un hombre que heila medio de lucir sin trabajar, por un capricho indiscreto de unos huéspedes...?

*Sale la criada.*—Señor, aquí estoy yo, porque vengo. Amo.—Librada, ¿y cómo te ha ido?

122024



Criad.—Grandemento.  
Amo.—Ya lo veo.  
Criad.—Eran unas obstrucciones,  
y al punto se deshicieron  
con las aguas minerales.  
Amo.—Hacen mucho efecto,  
si con método se toman.  
Criad.—¿Y cómo está usted?  
Amo.—Yo bueno,  
pero con muchos trabajos.  
Criad.—¿Trabajos usted? me alegro:  
con eso escarmentará.  
Se lo he estado á usted diciendo  
mil veces; usted no tiene  
pizca ni media de seso,  
usted quiere cortejar,  
sin ver que es un pobre viejo  
que no puede con la bula.  
Amo.—Calla, maldita.  
Criad.—No quiero;  
que aunque el diablo se lo lleve  
he de decir lo que siento.  
Amo.—Si mis trabajos dimanan...  
Criad.—De que piden su dinero  
el médico, el boticario,  
el cirujano y bañero,  
y otros mil que habrán andado  
en los potingues; me alegro.  
Amo.—Pero mujer, si no es eso.  
Criad.—¿No es eso? Ya, y tiene usted  
una cara como un muerto.  
Digo, digo, ¿y las ojeras?  
usted no quiere creerlo:  
ya no está usted para chanzas.  
Amo.—¿Qué maldita lengua!  
Criad.—Pero...  
Amo.—Calla, calla.  
Criad.—Tijeretas, tijeretas.  
Amo.—Por tu ingenio,  
por tu habilidad y gracias,  
vales un millon de pesos;  
mas por tu maldita lengua,  
pierdes la mitad del precio.  
Criad.—Antes de nacer hablaba,  
y tengo hecho juramento  
de no perder esta maña  
hasta el dia de mi entierro.  
Amo.—Ni aun allí la perderás,  
porque allá en el cementerio  
serás capaz de tener  
conversacion con los muertos.  
Criad.—Y apueste usted.  
Amo.—Como calles  
por el limitado tiempo

de cinco minutos; tienes  
una onza.  
Criad.—Desde luego me conformo.  
Amo.—Siéntate, y chocolate tomemos.  
Saca chocolate, niña. (riendo.)  
*Sale la Gall.*—Miu señor, ya voy cur-  
Amo.—Tú ya sabes, hija mía,  
que yo era oficial primero  
de la famosa oficina  
de zapatero de viejo,  
y que habiéndome casado  
con una ama de gobierno  
de dos viejos incansables,  
en el dote que la dieron,  
y lo que ella buenamente  
iba ahorrando de sus sueldos,  
lo que sacaba asimismo  
del desperdicio del sebo,  
las cortezas de tocino,  
el cisco, los trapos viejos,  
tal cual pernil, tal olla  
de manteca, algun pellajo  
de vino, y algun ladrillo  
de chocolate del bueno,  
y otras cosas, aquiilamos  
y pusimos con aseo  
esta casa, que nos renta  
cien doblones, con intento  
de hospedar y desollar  
á los huéspedes... (Ya veo cp.  
que ella me gana la apuesta,  
pues falta minuto y medio).  
Con esto yo lo pasaba  
como un duque; pero luego  
que se murió mi mujer  
fué el negocio decayendo,  
hasta que llegaste...  
Criad.—Diga usted, la onza de premio?  
Amo.—Minuto y medio faltaban;  
si no puedes con tu genio.  
Amo.—Niña, ¿viene el chocolate?

*Sale la gallega con las jicaras, etc.*

Gall.—Aquí está ya.  
Amo.—Marcha adentro.  
Gall.—El chuculate está claro,  
más ellos lu harán espasu. (Váse.)  
Amo.—Con tu asistencia la casa  
á su ser volvió de nuevo.  
Criad.—Gracias á Macarandona.  
Si no fuera por mi aseo,

mi agilidad, mi limpieza,  
y el mucho agrado, y esamarró,  
y que yo los sé volver  
tarumbas con mi gracejo,  
ya pararian en casa...  
poquito me quieren ellos.

Amo. — Mujer, mujer, que te ahogas.

Criad. — No se aflija usted por eso,  
que el tragadero es bien ancho,  
y al fin todito lo cuelo.

Amo. — Luego, como te marchaste...

Criad. — Si se empeñaron en ello  
el médico, la paisana,  
el comprador, el barbero,  
los vecinos y el demonio,  
como si acaso en Pozuelo,  
con las aguas minerales  
había de echar del cuerpo  
el entripado; si usted  
me hace atracar como un cerdo,  
¿qué he de tener?

Amo. — Eso prueba  
lo mucho que yo te quisero.

Criad. — Ciertamente, se conoce,  
y no hay diablos del infierno  
que le obliguen á casar.

Amo. — ¿Qué quieres, si ya soy viejo?  
si no puedo con la bula. (trecho)

Criad. — Del dicho al hecho hay gran  
Si sabe usted que su amiga  
de su alma se está haciendo  
unas gachas por usted...  
sobre que por tí me muero...  
perdone usted, que el amor  
me hace perderle el respeto.

Amo. — Lláname como tú quieras,  
que yo no ando en cumplimientos.  
¿Pero cuándo te he de hablar  
de mis cosas?

Criad. — Luego, luego.

Amo. — Al instante que te fuiste,  
los huéspedes se me fueron:  
ahora hay tres que me han venido  
que tienen muy buenos pesos  
y los gastan con franqueza;  
ayer se me despidieron,  
y esta mañana se van  
si tú no pones remedio.

Criad. — ¿Y por qué se quieren ir?

Amo. — Tú ya sabes el manejo  
que necesita una casa de posadas.

Criad. — Ya comprendo, el intríngulis  
del caso:  
y ¿qué casta de sujetos

son los huéspedes?

Amo. — El uno es un francés.

*Señalando al cuarto de cada uno.*

Criad. — Lo celebro.

Amo. — El otro un majo.

Criad. — Me agrada.

Amo. — El otro un beato necio.

Criad. — Toda esa gente me gusta.

Librada, aquí de tu ingenio:  
venga al instante la llave.

del cofre grande... corriendo.

Amo. — ¿Pero qué quieras hacer?

Criad. — Váyase usted allá dentro;  
despache usted, yo lo mando:  
sús de aquí.

Amo. — ¿Pues qué, soy perro?

Criad. — Tome usted luego la puerta,  
ó desisto de mi empeño.

Amo. — Por la cuenta que me tiene ap.  
desazonarla no quiero. *Vase.*

Criad. — Ya que dicen que nosotras  
más que el demonio sabemos,  
no es razon á quien lo dice  
dejarle por embustero.

Aquí, Librada Urdemaulas,  
van á empezar tus enredos.  
Vamos dejando esa cama,  
arrastrundi, que ya es tiempo.

*Llamando á las puertas.*

Alon, basta de cusí,  
que gracelar el almuerzo.

Ave Maria Purísima:

hermano, deje ese lecho.

Ya están los tres en campaña,  
piés míos ¿para qué os quiero? *Vase.*

*Sale el Beat.* — Sin pecado concebida.

*Asomado á la puerta.*

*Sale el Frano.* — E bien, madam, ¿qué  
hay de nuevo?

*Sale el Maj.* — ¿Que arrastran  
me ha llamado arrastrundi?

*Beat.* — A nadie veo.



Franc.—¿No estar aquí la madam?  
 Maj.—Parece cosa de juego.  
 Franc.—¿Monsieur Paco?  
 Maj.—¿Qué se ofrece?  
 Franc.—Entrar en el aposento una madam?  
 Maj.—¿Y en este otro entró una maja?  
 Beat.—¿Y en estos han visto ustedes entrar una hermanita que tengo?  
 Franc.—Non, Monsieur.  
 Maj.—Ni yo tampoco.  
 Beat.—¿Si será cosa de sueño?  
 Majo.—A los tres nos la pegaron.  
 Franc.—¿Sarmiconi!  
 Maj.—Posadero.  
 Franc.—Metre d'otel?  
 Beat.—¿Señor amo?  
 S. el Amo.—¿Qué se ofrece, caballeros? Cuando llaman de este modo, *ap.* hizo aquella algun enredo.  
 Maj.—¿Vino á buscarme una maja?  
 Amo.—Sí, señor, ¿qué será esto? *ap.*  
 Franc.—Y á mua ¿vino una madam?  
 Amo.—Sí señor, vamos mintiendo. *ap.*  
 Beat.—Y á mí me buscó una hermana?  
 Amo.—Sí señor.  
 Los tres.—¿Pues qué se han hecho?  
 Amo.—Yo no lo sé.  
 Beat.—Paciencia; con ella se gana el cielo. *Váse.*  
 Franc.—Si non parecen, no importa. Voy á ver si aprender puedo el minué del cachirulo. *Váse.*  
 Maj.—Que me traigan el almuerzo y la cuenta de estos dias, que quiero tomar jopeo.  
 Amo.—Pronto será usted servido.

*Sale la criada con plato, servilleta, cuchillo, etc.*

Criad.—Y por mis manos.  
 Amo.—¿Qué es esto?  
 Criad.—Chito y jopo. *Con el cuchillo.*  
 Amo.—¿Qué demonio! *Váse.*  
 Majo.—Bendite sea ese cuerpo: ¿qué moza se ha echado el amor!  
 Criad.—Por tener á usted contento.  
 Maj.—¿Luego quieres contentarme?  
 Criad.—Sí, señor, con el almuerzo.

Maj.—¿Y con nada más?  
 Criad.—¡Puñales!  
 Maj.—¡Ay, si voy!  
 Criad.—De eso yo tengo un abanico tan chusco, que da más calor que fresco.  
 Maj.—Vaya esta fineza.  
 Criad.—Venga.  
 Maj.—Si vieras lo que te quiero  
 Criad.—Y yo á usted tambien.  
 Maj.—¿De veras?  
 Criad.—Como lo digo lo siento: ¿Ya ha acabado usted?  
 Maj.—Sí, chica.  
 Criad.—¿Pues oiga usted un secreto, ¿es usted garboso ó ruin?  
 Maj.—Yo desparramo los pesos.  
 Criad.—A ver cómo usted lo hace?

*Le da dinero el Majo.*

Guarde usted ese dinero, que yo cuando quiero á un hombre lo quiero por sus afectos.  
 Maj.—Vaya, toma esa medaya.  
 Criad.—No se canse V. en eso. *La toma.*  
 Maj.—Por tí resuelvo quedarme.  
 Criad.—Eso y mucho más merezco.  
 Adios, blason de los majos.  
 Maj.—Adios, chica; ¡ah, cuerpo bueno! bendito sea ese mimo y esos vivos movimientos. *Váse.*

*Sale el amo, y al mismo tiempo sale el Francés bailando.*

Franc.—Lan, larán, larán, larán, ¡Oh señor don posadero! vienesí, la, la, etc.  
 Amo.—Que me descoyunta usted los huesos.  
 Franc.—Mícor que micor, fripon, yo aquí pagar mi dinero para que una buena chica me sirva, y pues no la ha hecho larán, larán, larán. *Agarrándole.*  
 A. Por Dios, por Dios, que no puedo.  
 Fr. Porta aquá una gran botella. *Crit.*

*Sale la criada de Francesa con una botella grande.*

Criad.—Precé, monsieur.  
 Amo.—¿Estoy lelo?  
 Franc.—¿Quise la?  
 Criad.—Votra servanta.  
 Franc.—Ahora estar bon posadero que traer á los huéspedés. de contrabando generós.  
 Amo.—Para no echarlo á perder, escurrir el bulto quiero. *Váse.*  
 Franc.—Vulé vu, madam?  
 Criad.—Ne pá.  
 Franc.—Estar, madam, muy bueno?  
 Criad.—Oui, monsieur.  
 Franc.—Ser sirvienta, y aquí es tar, madam, de asiento?  
 Criad.—Oai, monsieur.  
 Franc.—Bien parecer; ¿pero hacer al posadero el amor?  
 Criad.—¡Oh! non monsieur.  
 Franc.—Sacré non Diu! lo siento, porque en lo par de pistolas hacerle un grande bujero en lo pellejo.  
 Criad.—¡Ah, monsieur! fatiga el dolor interno: yo morir.  
 Franc.—Madam, ¿tú estar enamorata?  
 Criad.—Ser serto: más yo á tí querer.  
 Franc.—¡Oh, mon Diu! ¿tú á mí tener mucho afecto?  
 Criad.—Oui, monsieur.  
 Franc.—Prené. *Dale dinero.*  
 Criad.—¿Qué dar?  
 Franc.—Darte á tí, madam, dinero, que el dinero mitigar al punto dolor del pecho: tomar.  
 Criad.—Monsieur... *(Como que lo resiste)*  
 Franc.—Tomar pronto madam, recibir el premio de tu amor.  
 Criad.—Estar aliviada, que el archan me dar consuelo.  
 ¿Tú á qué venir?  
 Franc.—A aprender lo baile de lo bolero, l minúete cachirulo, el fandango ó lo requejo.  
 Criad.—Yo también antender mucho;

ser tragedista.  
 Franc.—No creo.  
 Criad.—Estar cómica  
 Franc.—Madam, representar il momento.  
 Criad.—Oui, monsieur; é tú é yo representar.  
 Franc.—Bravo, bueno.  
 Criad.—Vu estar lleno de colera, mientras yo facer mil gestos.  
 Franc.—Su rival ser. No por mí fa tú me amor, no lo creo.  
 Criad.—¿E qui podrá estar apart de un traidor, un hom tan fieru?  
 ¿E qui podrá comparar lu dolor que aquí en il pecho estar, que tener la anima mortu de lo sentimiento del furore dó lo mugre infernal! ¿Pa me sento fatigar en lo interiore, el dolor más masilientu! ¡Morta ser, oh, tú traidor, me causar este tormentu!

*Que sobre la silla.*

Franc.—Monstruo=amen, madam; ¡qué propiata! ¡qué aspect! qué bien lo gesticular ó expresar los sentimentus! No haber visto in lo teatro de Paris paso más bellu: estar atónitu: oui madam, todo perfectu. *Váse.*

*Sale el Amo.*

Amo.—Todo lo he estado observando, y digo, y á decir vuelvo, ó que tú eras diablo, ó le tienes en el cuerpo.  
 Criad.—Dejémos de parolas; las razones acortemos.  
 Cuando el beato se levanta, ¿qué es lo que pide primero?  
 Amo.—La ropa. De la gallega puedes informarte.  
 Criad.—Vuelvo.  
 Amo.—Aturdido estoy de ver



lo que hace, más no es nuevo  
de que una criada haga  
estos y otros embelecos.  
Me voy adentro por si  
tiene dispuesto otro enredo.

*Sale el beato con un libro en la mano.*

Beat.—No hay quien me traiga el vestido  
para irme al jubileo?

Amo.—No faltará.

Beat.—Vaya, pues,  
tráigame el vestido luego,  
y la cuenta de estos días  
para marcharme al momento,  
porque aquí con la gallega  
no puedo tener sosiego.

Amo.—Cómo ha de ser si ella es  
tan mala y tiene ese genio  
tan altanero!...

Beat.—No gusto  
de murmuración; más puedo  
decir, que discuro que es  
la más mala de su sexo:  
ella es respondona, chilla,  
riñe á diestro y siniestro,  
habla, canta, llora, grita,  
y en todo el día no tengo  
ni un instante de quietud,  
para ejecutar mis rezos.  
Mala hembra, mala hembra,  
pero al fin no murmuremos,  
que aunque va revuelta con  
los que van por ahí dentro,  
tal vez no habrá nada malo  
entre ella y entre ellos,  
y aun cuando lo haya, yo  
no debo meterme en ello.  
¿No es verdad?

Amo.—Es cosa clara.

Beat.—Hacedme el gusto al momento  
de sacarme la casaca  
y la peluca.

Amo.—Corriendo,  
voy á servirlos al punto,  
con toda la ropa vuelvo.

Beat.—Si señor, es mala hembra  
esta gallega, no puedo  
tener quietud, ni rezar,  
y ella, según lo que veo,  
no habrá sido mala cosa  
allá en sus pasados tiempos:

aun se conserva rolliza,  
gorda, fresca... ya contemplo;  
bien cuidada y el trabajo  
poco... que conserva el cuerpo  
aun tal cual, no es de admirar.  
Pues sus ojos... son chisporros...  
agradables... retozones... y...  
pero en fin, dejemos  
estas ideas, que de una  
chispa se enciende un gran fuego  
que no se puede apagar  
muchas veces... sí, apartemos  
estos pensamientos... y  
pensemos solo en el cielo.

*Sale la criada de beata con la casaca  
y peluca.*

Criad.—Aquí está la ropa,  
bendito varón.

Beat.—¡Jesús, y qué moza  
que mirando estoy!  
¿si será la hermana  
que entró en el salón?  
¡qué ojillos me clava,  
ay, qué conmoción!  
Yo quisiera irme...  
mas ya no me voy,  
pues no es de perder  
tan buena ocasión.  
En fin, Dios me libre  
de una tentación.

Acérquese, hermana,  
sin más detención.

Criad.—No me determino.

Beat.—¿Y por qué razón?

Criad.—Porque yo soy hembra,  
y él será varón.

Beat.—Yo así me lo pienso.

Criad.—Y lo mismo yo.

Beat.—Pues, vamos, ¿se acerca?

Criad.—Con la condición  
que no nos miremos,  
á acercarme voy.

Beat.—Digamos, pues, ambos  
en esta ocasión:

*Los dos.*—Dios nos libre á todos  
de una tentación.

Beat.—¿De dónde ha salido, hermana?

Criad.—Hermano mío, del seno  
de la tierra.

Beat.—¿Y á qué viene?

Criad.—A servirle con esmero.  
Beat.—A ver, á ver esa cara.

*Mirándola de reojo.*

Dotada está de arrebesos.  
Me sirve. ¡Gracias á Dios,  
que lo que buscaba encuentro!  
Criad.—Yo tambien, aunque indigna  
pecadora...  
Beat.—Desde luego  
me puede vestir si quiere:  
¡escrupulizais en ello?  
Criad.—No señor, estamos solos.  
Beat.—Pues, hermana, yo lo mesmo.  
Venga la casaca, hermana. *Pónzela.*  
Criad.— ¡Qué talle! ¡que hermoso pecho  
le hace á usted, (Dios le bendiga  
y le libre de muermos y torozones).  
Beat.—Amen:  
tus plegurias oiga el cielo:  
ahora ponme la peluca.  
Hermana, qué es lo que has hecho,  
que tengo debajo el gorro.  
Criad.—Solo escrupuliza en ese;  
pues yo no quito ni pongo gorros.  
Beat.—Pues lo dejaremos,  
y así estará la cabeza  
más resguardada del fresco.  
Criad.—Y qué, ¿se va usted de casa?  
Beat.—Írme de aquí? no por cierto,  
que ya tengo quien me cuida,  
ysi me sirve, veremos.  
Criad.—Y en qué puedo yo servirle?  
Beat.—¡Ay hermana! no me atrevo  
á decirlo...  
Criad.—Hábleme claro,  
que quizá, hermano, tenemos  
unos pensamientos mismos.  
Beat.—Pero dejando rodeos,  
¿nos casaremos los dos?  
Criad.—Si no hubiese otro remedio...  
Beat.—Entonces, venga la mano.

*Acercándose á él.*

Criad.—Antes consultarlo quiero.  
Beat.—Pero quite...  
Criad.—Pero aparte.  
*Los dos.*—Por que al fin del cuento...

Beat.—Esos ojos zainos.  
Criad.—Y ese pelucon.  
Beat.—Ma pican.  
Criad.—Me arañan.  
*Los dos.*—En el corazon.  
Beat.—Esas mogigangas,  
segun viendo voy...  
Criad.—Pueden que terminen  
al fin con amor. *Váse el Beato.*  
*Sale el Amo.*—Muchacha!  
Criad.—¿Qué mandaba usted, señor?  
Amo.—Dónde vas con tus enredos?  
Criad.—A evitar que usted no tenga  
que volver á ser de nuevo  
un pobre zapaticón.  
Los tres dejarán primero  
sacarse las muelas que  
irse de casa; ¡y todo esto  
por quién es sino por mí?  
Señor, ¡cómo los he puestol  
que abren la puerta, huyamos. *Váse.*  
A. ¿En qué vendrá á parar esto? *Váse.*  
*Sale el Franc.*—¿Madam tragedi?  
*Sale el Maj.*—¿Arrastra?  
*Sale el Beat.*—¿Hermana?  
Franc.—Don padre nuestro,  
¿tú haber visto la madam  
que en la casa está sirviendo?  
Maj.—¿Y usted ha visto la moza  
que ha traído el posadero?  
Beat.—¿Qué moza ni qué madam?  
lo que tenemos de nuevo  
es una hermosa beata  
que no se halla con dinero.  
Maj.—Si lo que hay es una maja.  
Franc.—Es madam.  
Maj.—No lo creo; no puede ser.  
Franc.—Mire usted.  
Beat.—Volverla á llamar de nuevo  
y saldremos de la duda.  
Maj.—¡Real moza!  
*entro Criad.*—¿Qué tenemos?  
Franc.—Madam tragedi?  
*Dentro Criad.*—Monsieur.  
Beat.—Hermanita?  
*Dentro Criad.*—Estoy leyendo.  
Maj.—Ve usted, aquí está la maja.  
Franc.—Tú ver, señor, que no miento.  
Beat.—Usted ve como es verdad.  
Maj.—Para que se caigan muertos,  
ven acá y confúndelos  
con tu garbo y tu graciajo.  
¿Pero no quieres salir?  
Todos.—Vamos á buscarla adentro.

*Sale la Criada.*—No se incomoden Vds. que aquí estoy en alma y cuerpo.

Franc.—Tú estar la misma y no estarlo.

Criad.—¿Por qué está usted suspenso? aquí tiene usted la maja: al majo.

madam tragedia en el pelo: al Franc. y en mi mano la beata: al Beato.

Ya está definido el cuento.

Beat.—¿Qué alma tan cándida y buenal Mujer, vuélveme el dinero.

Maj.—Quite allá y no sea con mujeres cicatero,

que el chasco que nos ha dado aun merece mayor premio.

Chica, si quieres mi mano...

Franc.—En caso, yo estar primero.

Beat.—Yo también estoy aquí que tengo vivos deseos.

Maj.—¿Chica, vamos, qué resuelves?

Criad.—No sean majaderos, que si quisiera casarme tengo yo novio aquí mesmo, y si no ahora lo verán:

¿Tomás, Tomás?

*Sale el Amo.*—¿Qué tenemos?

Criad.—Este es mi salado novio.

Franc.—Muquer, si estar ya muy vieco.

Beat.—Matrimonio desigual. *Sant.*

Maj.—Chica, si ya huele á entierro.

Criad.—¿No va usted que allá nos dice aquel refran verdadero

que la gallinita vieja hace el caldo mas perfecto?

Maj.—Pues chica, ¿y por qué te casas con ese pobre esqueleto?

Criad.—Venga usted, y se lo diré: ¿sabe usted por qué? por que quiero: y por que este sabe ya de ustedes los pensamientos.

Maj.—Hijo, buen provecho: abur.

Beat.—Yo por mi parte detesto, y pedirá á Dios los haga unos casados perfectos.

Franc.—E pues estar acabado el asunto, me entrar dentro.

Beat.—¡Matrimonio! fuera, fuera, hágales muy buen provecho, que eso no es de mi carácter. ¡Jesús, de pensarlo tiemblo!

*Haciéndose cruces.*

Criad.—Pues á celebrar la burla.

Amo.—A celebrar este enredo.

Criad.—El que servirá de norma para ser los hombres cuerdos.

Amo.—Y aquí el poeta suplica á este auditorio discreto,

Todos.—Que las faltas disimulen, por ser el capricho nuevo.

FIN.



MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.